

¿Dónde hay humo, hay fuego?

MARIANA SCHWARTZMAN

En 1909, Sigmund Freud publica el famoso historial, paradigma de la neurosis obsesiva, “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el “Hombre de las Ratas”)” (Freud, 1998). En el punto dedicado a analizar el complejo paterno (me refiero al punto G), hallamos la conocida construcción freudiana que sitúa al padre como perturbador del quehacer auto erótico. La escena fantasmática construida consiste en que el paciente ha “...emprendido algo enojoso, por lo cual el padre le pegó. Y entonces el pilluelo fue presa de una ira terrible e insultaba todavía bajo los golpes del padre” (1998: 161). Esta escena no solamente cristaliza, según Freud, al padre como perturbador de la sexualidad, sino que también da cuenta de dos afectos claves en este caso: la ira terrible (que invade los lazos sexuales y amorosos del paciente desde entonces) y la angustia. Dice Freud: “Por angustia ante la magnitud de su propia ira se volvió cobarde desde entonces.” (1998: 161).

Estando en vías de elaborar dicha escena, tanto Freud como su paciente se topan con lo que llama “el doloroso camino de la transferencia” (1998: 164). Freud se refiere con esto a los sueños y fantasías en las que

el Hombre de las Ratas lo insulta (al igual que al padre luego de la ira infantil), y a su vez relata lo siguiente:

Y al hablar así solía levantarse del diván y pasearse por la habitación. Como motivo para esto adujo al comienzo una fineza: no soportaba decir cosas tan crueles yaciendo él ahí, cómodamente. Sin embargo, pronto él mismo descubrió la explicación más certera: se sustraía de mi proximidad por angustia de que yo le pegara. Si permanecía sentado, se comportaba como uno que, presa de una angustia desesperada, quiere protegerse de una azotaina desmesurada; se tomaba la cabeza entre las manos, cubría su rostro con los brazos, escapaba de pronto con el rostro crispado por el dolor, etc. (1998: 161)

En el otro historial prínceps freudiano, el de Dora, escrito en 1905, hallamos otro ejemplo de una presencia, en medio de un relato, de un elemento heterogéneo con respecto a lo que puede ser una asociación o un recuerdo o el relato de un sueño. Me refiero al momento en que Dora tiene su primer sueño. Ella sueña, en transferencia, algo que ya había soñado tres veces en L, lugar donde ocurre a sus 16 años la escena del lago (escena traumática, a partir de la cual empieza a padecer los síntomas de la tos y de la afonía). El análisis del sueño a su vez corrobora la enuresis infantil, es decir, su quehacer autoerótico y la aparición del primer síntoma neurótico, el asma nerviosa. En eso se hallaban, cuando Freud describe lo siguiente:

... al día siguiente Dora me aportó todavía un suplemento. Había olvidado contar que **todas** las veces, tras despertar, había sentido olor a humo. El humo armonizaba muy bien con el fuego, pero además señalaba que el sueño tenía una particular relación conmigo, pues cuando ella aseveraba que tras esto o aquello no había

nada escondido, solía oponerle: “Donde hay humo, hay fuego”. Pero Dora hizo una objeción a esta interpretación exclusivamente personal: el señor K. y su papá eran fumadores apasionados, como también yo lo era, por lo demás. Ella misma fumó en su estadía en el lago, y justo antes de iniciar esa vez su desdichado cortejo, el señor K. le acababa de liar un cigarrillo (1996: 65)⁵

En estas líneas leemos, no solamente lo que luego ilumina Lacan sobre la identificación viril de Dora y el hecho de que Freud quede ubicado en el mismo lugar del Señor K. y el padre, con quienes Dora rivaliza. También obtenemos la huella de la irrupción de un elemento diferente al momento del relato del sueño en el análisis. En el otro ejemplo, anteriormente citado, el del caso del Hombre de las Ratas, también podemos situar un elemento de esta índole; es el que puede cernirse en ese instante de angustia que el paciente describe como temor a que Freud pueda llegar a pegarle (producto de su propia ira con raíces en la infancia).

Presencia del objeto *a*

Hay al menos dos modos en que puede pensarse la presencia del objeto *a*, a la luz del *Seminario 11* (Lacan, 2001). En primer lugar, vinculado al sueño; en segundo lugar, a la presencia del analista. Con respecto al sueño, si bien este es trabajado por Lacan en torno al trauma, no deja de señalar allí la presencia del objeto. Es en relación a los sueños de “Padre, ¿no ves que ardo?” o al del Hombre de los Lobos, que Lacan ubica allí lo que despierta como la presencia del objeto *a*. Pero antes de comentar algo en relación a esto, quisiera destacar cómo comienza Lacan esta clase (me refiero a la clase 5, titulada “Tyche y automaton”). Empieza diciendo:

⁵ Las negritas son mías.

El análisis, más que ninguna otra praxis, está orientado hacia lo que, en la experiencia, es el hueso de lo real. ¿Dónde encontramos ese real? (...) se trata en lo descubierto por el psicoanálisis –de una cita siempre reiterada con un real que se escabulle. (2001: 61-62)

Luego va a dirigirse a la *tyché*, a lo que “yace siempre tras el automatón”, definido allí como la insistencia de signos (2001: 62). La repetición, la cara real de la repetición, está entonces vinculada a aquello que siempre se escabulle. Es precisamente en este punto que Lacan trabaja los dos sueños mencionados y señala:

Ahora tenemos que detectar el lugar de lo real, que va del trauma al fantasma –en tanto que fantasma nunca es sino la pantalla que disimula algo absolutamente primero, determinante en la función de la repetición (...) la función de lo real en ese despertar. (...) el *Trieb*, nos dice Freud. (2001: 68)

Es decir, la irrupción de un elemento heterogéneo a la simple repetición de signos... la irrupción de la pulsión (el fantasma es ventana a este elemento real primero). Una de las maneras en que se presenta, es a través de los sueños. Tenemos aquí presencia de la realidad pulsional, sexual, del inconsciente, en el sueño. Tomando el ejemplo citado en el punto anterior, puede pensarse a este elemento heterogéneo como presente en el sueño de Dora: el humo. A su vez, ligado a Freud; recordemos que ella siente ese olor a humo tres veces en L, tras la escena traumática, y nuevamente al soñar en análisis.

La clase 10 del mismo seminario está enteramente dirigida a lo que la titula, el tema de la presencia del analista. “La presencia del analista es una manifestación del inconsciente” (2001: 131), “un movimiento del sujeto que sólo se abre para volver a cerrarse en una pulsación temporal...”

(2001: 132). Propone pensar a la transferencia como la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, lo que supone una manifestación del sujeto como una apertura y cierre, al igual que la pulsión. Y ubica así a la causa de este movimiento, en relación a la presencia del analista, al decir: "... el momento que cierre del inconsciente, pulsación temporal que lo hace desaparecer en cierto punto de su enunciado (...) ese momento como causa de lo que llamamos transferencia." (2001: 136). Por último, quisiera destacar algo que Lacan menciona acerca de hacia dónde debe apuntar la interpretación. Dice así "... es una paradoja designar en ese movimiento de cierre el momento inicial en que la interpretación puede lograr su cometido." (2001: 137).

Es así también como concibe a la posición del analista cuando presenta sus cuatro discursos en el *Seminario 17* (Lacan, 1992). Allí se puede pensar que, además de histerizar el discurso (que el sujeto en posición de analizante se dirija a un amo para saber la verdad), irrumpe en el curso de las asociaciones un producto heterogéneo, la causa, el plus de goce. Y el analista con su acto es el que reintroduce la causa. Y así separa, a su vez, S_1 de S_2 , es decir, con su presencia algo despierta, apunta a la no relación entre los significantes que dan sentido a la realidad del sujeto, para dar lugar a lo real.

Mencionamos el ejemplo del sueño de Dora y cómo irrumpe algo de la presencia del objeto a , en un sueño de transferencia en el análisis con Freud. A su vez, relatamos la angustia del Hombre de las Ratas ante la proximidad del cuerpo de Freud. Otro ejemplo de la presencia del analista, esta vez representada por el signo de la angustia, que no engaña.

La pregunta que nos hacemos hoy en día, en tiempos de pandemia, es si estas manifestaciones de la presencia del analista son posibles pantalla o teléfono mediante. Para plantear algunas reflexiones o preguntas sobre ello comentaré brevemente, en el siguiente apartado, dos breves viñetas clínicas.

La presencia hoy

Una paciente adulta ha podido cernir su síntoma en sesiones presenciales a partir de un sueño donde la despierta un grito materno, que la lleva a un accidente, episodio traumático de cuando ella tenía 6 años. El síntoma, sin embargo, no fue nombrado únicamente a partir de sus asociaciones luego del sueño, sino también a raíz de un gesto que hago con mi voz y con mis manos, que actualiza de algún modo lo que ha soñado, el suceso traumático y el síntoma que tiene desde chica (vuelto a aflorar tras un suceso importante de su vida adulta). Al iniciar la pandemia, la paciente pide continuar por sesiones online a través de videollamadas. A lo largo de las entrevistas (tanto presenciales como virtuales) me llamó siempre la atención el hecho de que no traiga recuerdos acerca del padre, afectado gravemente producto del mismo suceso traumático. Hasta que trae un sueño en el que el mismo objeto (la voz) irrumpe tomando al padre esta vez como protagonista del sueño, dándole al relatarlo una nueva versión al síntoma.

Otra paciente adolescente, siempre padeciendo la presencia enjuiciante de la mirada del Otro (muchas veces, en sesiones presenciales, llevándola a ocultarse de mi mirada, dibujando en un cuaderno que deja en el consultorio), habla a través de videollamada, luego de iniciada la cuarentena, acerca de cuestiones de su intimidad. De pronto siente la presencia de alguien tras su puerta. Dice que teme que justo al hablar de eso alguien la pueda estar observando. Abre la puerta y no hay nadie. Ríe y asocia con el peso que tiene la mirada del Otro para ella.

En estos dos ejemplos nos encontramos con que algo del objeto se presenta como elemento heterogéneo en la cura. En uno a través un sueño. En el segundo, la presencia de la mirada del otro lado de la pantalla, en la casa de la paciente (pero no sin antes haber estado encarnada en la figura de la analista).

Lo que no hallamos en estos dos ejemplos (y que hasta ahora no encontré en mi clínica en general) es algo similar a lo relatado acerca del caso del Hombre de las Ratas. Me refiero al lugar del analista trauma, tal como lo piensa Lacan en el *Seminario 19* (Lacan, 2014: 149-150), que de algún modo reactualiza la neurosis en la transferencia.

Considero que estamos en un tiempo de comprender de qué se trata en la clínica online y que aún no podemos sacar conclusiones sobre sus efectos. No sabemos aún si es la misma clínica psicoanalítica, si es que hay más de una, o si se trata aquí también de una nueva “normalidad”.

Quizás haga falta aún investigar lo propuesto por Miller ya en el año 2000:

La tecnología elabora modos de presencia inéditos. El contacto remoto en tiempo real se ha convertido en un lugar común a lo largo del siglo. Sea el teléfono, ahora portátil, el Internet, la videoconferencia. Esto va a continuar, se multiplicará, será omnipresente. Pero, ¿tendrá la presencia virtual un impacto fundamental en la sesión analítica? No. Verse y hablarse no es una sesión analítica. En la sesión, dos están allí juntos, sincronizados, pero no están allí para verse, como lo demuestra el uso del diván. La copresencia en carne y hueso es necesaria, aunque solo sea para hacer surgir la no-relación sexual. Si sabotamos lo real, la paradoja desaparece. Todos los modos de presencia virtual, incluso los más sofisticados, tropezarán con esto. (Miller, 2000).

En esta cita, Miller destaca el valor de la presencia en carne y hueso, ubicando a su vez que la presencia del cuerpo del analista hace surgir la no-relación sexual. Sirviéndonos de la cita y de estos ejemplos clínicos, principalmente el del Hombre de las Ratas (y el síntoma cernido a partir de un gesto mío, en la primera viñeta que relaté), quizás tengamos

aquí ejemplos que darían cuenta de este tropiezo con el que tenemos y tendremos que lidiar en la clínica virtual.

Bibliografía

- Freud, S. (1996). “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (pp. 1-108). En *Obras Completas, Tomo: VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1998). “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” (pp. 119-195). En *Obras Completas, Tomo: X*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1992). *El Seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (2001). *El Seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (2014). *El Seminario, libro 19: ...o peor*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2000). “Y cuanto más se vuelva común la presencia virtual, más preciosa será la presencia real”. Entrevista consultada en la página de la NEL Guayaquil. Disponible en: <https://nelguayaquil.org/2020/04/13/entrevista-a-jacques-alain-miller-y-cuanto-mas-se-vuelva-comun-la-presencia-virtual-mas-preciosa-sera-la-presencia-real/>